

Opinión

JOSÉ MANUEL PÉREZ



Llámalo X

La mayoría de los humanos —docentes al margen— hace balance en diciembre. Acabado 2005, quedará del mismo el registro del IPC y el paro, que hubo X asesinatos, que murieron X obreros en accidente laboral y X mujeres por violencia de género; que X inmigrantes saltaron las alambradas y X se hundieron en pateras que nunca llegaron a la costa; que, además del papa Juan Pablo II, se nos murieron escritores controvertidos como Cabrera Infante, Arthur Miller o Haro Tecglen. Que huracanes y tormentas asolaron el planeta, de Nueva Orleans a Canarias; que los terremotos se ensañaron con Irán, la sequía se cebó con España y la gripe aviar salió de Asia. Que Irak ha sido, un año más, una carnicería, con sucursales en Londres y Jordania... Nada que diferencie sustancialmente 2005 de otros años. Un año más. Llámalo X.

En diciembre hacemos balance

Se dirá que al PSOE, que ha gobernado en minoría, le crecieron los enanos pues en un año el PP le ha montado 7 manifestaciones, fueran a favor de las víctimas del terrorismo o contra ETA, por el archivo de Salamanca o contra el traslado de los fondos de la guerra civil a Cataluña, por la familia o contra el matrimonio homosexual, por el trasvase de agua de la Mancha a Murcia o contra el plan hidrológico, por la libertad de educación o contra la LOE, en defensa de la constitución o contra el Estatut. Llámalo X. En los centros ha aumentado la confusión y el acoso se ha convertido en la estrella. Tras todo un año dándole vueltas a la LOE no ha habido pacto y ha salido otra mediocre ley. Una más. Será fugaz. Llámala X. Pero como los profesores contamos por años y nos quedan nueve meses para lamentarnos por lo que hagamos mal (que será mucho), cabe brindar con cava, por supuesto!, olvidar las miserias y disfrutar la Navidad.

Hablemos de escuela

JUAN CARLOS LÓPEZ RODRÍGUEZ
MAESTRO

Si ponemos la oreja en la escuela, son muchas las que hoy suenan a mercadillo, a misa de los domingos e incluso alguna de ellas suena hueca.

En la escuela hoy, ya no se habla de LOE, ni de LOCE; ya ha cuajado el desencanto y se ha perdido la fe en las leyes educativas. Se tiene claro que, puede que los problemas no se generen dentro, pero sí que se han de solucionar desde dentro, y la experiencia demuestra que las leyes provocan un mínimo y muchas veces invisible cambio.

En las reuniones «oficiales» (Ciclos, Clusters, Comisiones de Coordinación...) se habla mucho de semanas culturales, de festivales de Navidad, de carnavales, del Día de la Constitución...; se plantean proyectos de innovación —que desgraciadamente se quedan más en proyectos que en innovación real que se aplique en las aulas—, se habla de proyectos de mejora —que se pierden en el proyecto y de los que poca mejora queda—, de proyecto de convivencia, de planes de lectura... (Pero, ¿qué se hace en la escuela si no es convivir, y leer?) Con todo ello se buscan campañas de marketing, para que «la escuela parezca», en vez de que la escuela sea (o también para que la Administración, con sus campañas, «parezca que hace» en vez de hacer).

Y es que en la escuela, hay que dejar de hablar de papeles y hay que volver a hablar de niños y de los problemas que sí que preocupan al maestro. Porque cualquier problema que preocupa a un maestro en su aula, por insignificante que parezca, es más importante que cualquier programa institucional externo.

Y los maestros, de niños y de educación, sabemos; de lo que no sabemos es de proyectos, currículo, planes y de palabrería... por eso cuando nos proponen hablar de estos temas, las reuniones son mudas. Pero como bien dice mi buen amigo don Ángel Bueno Roldán, inspector jubilado, pero ahora maestro de maestros recuperado, ¿cuántos ladrillos ha puesto un arquitecto?, ¿y cuántos planos ha hecho un obrero?, ¿cuántas inyecciones ponen un médico y cuántas un ATS? Y ni al ATS se le exige operar, ni al obrero planificar. Y, si cada uno tenemos nuestra función que desarrollar, ¿por qué al maestro se le exige hacer y hablar de currículo, preparar planes, hacer de maestro de ceremonia, y no se le deja en paz hacer su trabajo de maestro de aula y de escuela?

Los maestros somos los artistas y tenemos la desgracia, de que nuestra obra es juzgada por demasiados críticos, no siempre cualificados para ello. Pero debemos volver a poner de moda ser maestro y hablar de escuela.

En la escuela hay que volver a hablar de escuela. Se puede, no está prohibido. Y no debemos esperar a que nos lo manden. Y por favor, déjenos hacerlo con palabras sencillas, que entendamos todos.

Hemos pasado por unos años de domesticación docente, en los que nos han enseñado a obedecer y a hablar de cosas

que no entendíamos y con las que no estábamos de acuerdo, pero que, ni cuestionábamos ni rechistábamos, no sea que nos lo fueran a mandar repetir o nos exigieran realizar otro proyecto en un plazo breve. A veces creo que o nos toman por más cultos de lo que somos, o nos toman por tontos que aceptamos todo sin más o lo que es peor: nos toman el pelo.

Y como decía un compañero de trabajo, basta ya de tantos O.P. y de tantos D.I., —que él traducía como «otro papel» y como «deseos insatisfechos» respectivamente—.

Hay que devolver a la escuela el lenguaje de la escuela, y escuchar más en los pasillos; tenemos que hablar de niños que no atienden y no entienden, de qué hago con este niño inmigrante que me ha llegado a mitad de curso, hablar de padres desorientados, de cómo enseñar a leer, de por qué se pegan en el patio, hablar de cómo evaluar el examen, de si este libro se adapta a lo que quiero, de cómo aprovechar la experiencia del maestro que tiene más tablas.

De todo aquello que hemos «echado al pasillo», ya que es allí donde se habla, pues parece que es demasiado simple para tener cabida en las reuniones.

Y no estamos reñidos con los papales (vivimos con ellos). Que todos los acuerdos a los que lleguemos en estos temas se pueden plasmar por escrito, de forma breve y sencilla. Todas las profesiones tienen su liturgia y nosotros estamos perdiendo la nuestra.

La escuela hay que simplificarla: a leer y a escribir, y coger el

gusto por ello, a utilizar el lenguaje oral adecuadamente, a saber razonar, a aprender a aprender —por supuesto adaptándonos a los nuevos tiempos y a los nuevos medios, pero no perdiéndonos en ellos— y sobre todo a educar (y la palabra educar, ya lleva implícito hacerlo en valores y en todo lo que se llama transversal) es decir, vamos a hacer lo que siempre ha hecho un maestro.

Pero como la crítica como llanto no conduce a nada, propongamos soluciones: Son muchas las cosas que actualmente «engordan» nuestra escuela pero que para nada la hacen crecer.

Y hoy, en que tanto buscamos lo sano, deberíamos, como primer paso, poner a la escuela a dieta, para alimentarla bien, hacer un poco de ejercicio de



autocrítica y sólo entonces, cuando esté bien alimentada y en forma, podríamos de vez en cuando permitirnos el lujo de probar alguna frivolidad.

El mejor marketing que puede tener una escuela es que esté «sana» y cumpla con su función de preparar a los alumnos para la vida. Pero esto no puede ser una simple operación cosmética, necesita una actitud de compromiso y en muchos casos de rebeldía, para sacudimos de todo el polvo que se nos echa encima.

ALICIA CAÑAS